

CONECTORIUMSERIES;

SOBRE LA VACUNACIÓN

darwin | ouida | camus
voltaire | británica | católica



BOOK TITLE

Conectorium Series

Sobre la Vacunación

Con textos de:

Albert Camus

Charles Darwin

Enciclopedia Británica

Enciclopedia Católica

Voltaire

Ouida

Primera edición: enero-febrero de 2022

© Julio Antelo Reimers / Conectorium LLC

Contenido

Contenido

Contextorium

Capítulo 1: Albert Camus y la peste en enero

Capítulo 2: Sobre Camus y el final de la Peste

Capítulo 3: Charles Darwin y la selección natural en naciones civilizadas

Capítulo 4: la Enciclopedia Británica y la vacunación

Capítulo 5: la Enciclopedia Católica y la vacunación y Edward Jenner

Capítulo 6: Voltaire sobre la inoculación

Capítulo 7: Epidemias y política, parte 1

Capítulo 8: Ouida y el estado inmoral

Capítulo 9: Epidemias y política, parte 2

Contextorium

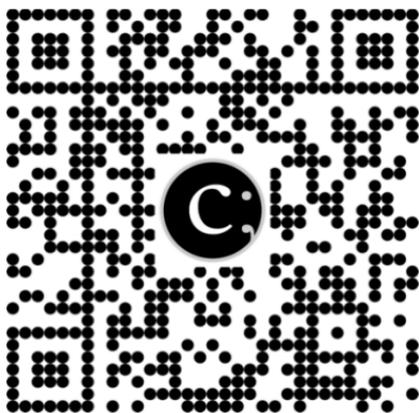
Publicada en Conectorium entre enero y febrero de 2022, el origen y el fin de esta serie es tratar la polémica mundial suscitada alrededor de la vacunación contra el COVID19, demostrando que el debate sobre la obligatoriedad de la vacunación, la libertad individual vs el estado, las motivaciones económicas, la cuarentena, el uso de mascarillas y la bondad de la inoculación, no es nada nuevo. Es más, se repite en cada pandemia. Tanto como el miedo vs confianza, el uso y manipulación de la información, estadísticas vs anécdotas, las diferentes formas de ver y cuidar el bien común. Esto, mucha historia, y muchas historias.

Compuesto con lecturas ajenas originalmente escritas entre principios del siglo 18 y mediados del siglo 20; una en francés y el resto en inglés, casi todas ellas traducidas especialmente para esta serie; con capítulos de novela, ensayos, cartas, investigaciones científicas y artículos enciclopédicos. Y con lecturas propias, y propias del siglo 21, por supuesto.

*Julio**

Nota: Si hablo en plural es porque contengo multitudes.

Podés encontrar la serie completa, y leer cada capítulo en internet, aquí:



Capítulo 1:

Albert Camus y la peste en enero

Contextorium

La Peste fue publicada en 1947, cuando Albert Camus tenía 34, 13 años antes de su muerte, el año que iba a cumplir 47. Publicada dos años después del final de la 2da Guerra Mundial en Europa, la novela tiene un tema poco común en el autor, pero muy necesario, y muy tocado, en ese momento de la historia: la solidaridad. Considerada una de las obras cumbres de la literatura del siglo 20 y del *existencialismo*, etiqueta que Camus rechazaba, la novela está ambientada en Orán, Argelia, en 1940. Orán sufrió en 1849 una fuerte epidemia de cólera, a dos décadas del inicio de la colonización francesa, y Argelia, país donde nació Camus, fue un tema recurrente de sus escritos, siempre políticos. Es más, en la guerra de independencia de Argelia (1954-1962), el escritor fue uno de los mediadores más mediáticos del conflicto.

A continuación, servimos un extracto de la quinta parte, del final de *La Peste*, traducida por Rosa Chacel en 1948 para la Editorial Sur de Victoria Ocampo, completando un triángulo intelectual pocas veces tan firme.

Novela: La Peste (1947)

Extracto de la Parte 5

A pesar de este brusco e inesperado retroceso de la enfermedad, nuestros conciudadanos no se apresuraron a estar contentos. Los meses que acababan de pasar, aunque aumentaban su deseo de liberación, les habían enseñado a ser

prudentes y les habían acostumbrado a contar cada vez menos con un próximo fin de la epidemia. Sin embargo, el nuevo hecho estaba en todas las bocas y en el fondo de todos los corazones se agitaba una esperanza inconfesada. Todo lo demás pasaba a segundo plano. Las nuevas víctimas de la peste tenían poco peso al lado de este hecho exorbitante: las estadísticas bajaban. Una de las nuevas muestras de que la era de la salud, sin ser abiertamente esperada, se aguardaba en secreto, sin embargo, fue que nuestros ciudadanos empezaron a hablar con gusto, aunque con aire de indiferencia, de la forma en que reorganizarían su vida después de la peste.

Todo el mundo estaba de acuerdo en creer que las comodidades de la vida pasada no se recobrarían en un momento y en que era más fácil destruir que reconstruir. Se imaginaban, en general, que el aprovisionamiento podría mejorarse un poco y que de este modo desaparecería la preocupación más apremiante. Pero, en realidad, bajo esas observaciones anodinas una esperanza insensata se desataba, de tal modo que nuestros conciudadanos no se daban a veces cuenta de ello y afirmaban con precipitación que, en todo caso, la liberación no sería para el día siguiente.

Y así fue; la peste no se detuvo al otro día, pero a las claras se empezó a debilitar más de prisa de lo que razonablemente se hubiera podido esperar. Durante los primeros días de enero, el frío se estabilizó con una persistencia inusitada y pareció cristalizarse sobre la ciudad. Sin embargo, nunca había estado tan azul el cielo. Durante días enteros su esplendor inmutable y helado inundó toda la ciudad con una luz ininterrumpida. En este aire purificado, la peste, en tres semanas, y mediante sucesivos descensos, pareció agotarse, alineando cadáveres cada día menos numerosos. Perdió en un corto espacio de tiempo la casi totalidad de las fuerzas que había tardado meses en acumular. Viendo cómo se le

escapaban presas enteramente sentenciadas como Grand y la muchacha de Rieux, cómo se exacerbaba en ciertos barrios durante dos o tres días, mientras desaparecía totalmente en otros, cómo multiplicaba las víctimas el lunes, y el miércoles las dejaba escapar casi todas; viéndola desfallecer o precipitarse se hubiera dicho que estaba desorganizándose por enervamiento o cansancio y que perdía, al mismo tiempo que el dominio de sí misma, la eficacia matemática y soberana que había sido su fuerza. El suero de Castel empezó a tener, de pronto, éxitos que hasta entonces le habían sido negados. Cada una de las medidas tomadas por los médicos, que antes no daban ningún resultado, parecieron inesperadamente dar en el clavo. Era como si a la peste le hubiera llegado la hora de ser acorralada y su debilidad súbita diese fuerza a las armas embotadas que se le habían opuesto. Sólo de cuando en cuando la enfermedad recrudecía y de un solo golpe se llevaba a tres o cuatro enfermos cuya curación se esperaba. Eran los desafortunados de la peste; los que mataba en plena esperanza. Este fue el caso del juez Othon al que hubo que evacuar del campo de cuarentena y del que Tarrou dijo que no había tenido suerte, sin que se pueda saber si pensaba en la muerte o en la vida del juez.

Pero, en conjunto, la infección retrocedía en toda la línea, y los comunicados de la prefectura, que primero habían hecho nacer tan tímida y secreta esperanza, acabaron por confirmar, en la mente de todos, la convicción de que la victoria estaba alcanzada y de que la enfermedad abandonaba sus posiciones. En verdad, era difícil saber si se trataba de una victoria, únicamente estaba uno obligado a comprobar que la enfermedad parecía irse por donde había venido. La estrategia que se le había opuesto no había cambiado: ayer ineficaz, hoy aparentemente afortunada. Se tenía la impresión de que la enfermedad se había agotado por sí misma o de que acaso había alcanzado todos sus objetivos. Fuese lo que fuese, su papel había terminado.

Sin embargo, se hubiera podido creer que no había cambiado nada en la ciudad. Las calles, siempre silenciosas por el día, estaban invadidas de noche por una multitud en la que ahora predominaban los abrigos y las bufandas. Los cines y los cafés hacían los mismos negocios. Pero mirando detenidamente se podía ver que las caras estaban menos crispadas y que a veces hasta sonreían. Entonces se daba uno cuenta de que, hasta ese momento, nadie sonreía por la calle. En realidad, se había hecho un desgarrón en el velo opaco que rodeaba a la ciudad desde hacía meses y todos los lunes se comprobaba por las noticias de la radio que el desgarrón se iba agrandando y que al fin iba a ser posible respirar. No era más que un alivio negativo que todavía no tenía una expresión franca. Mientras que antes no se hubiera podido oír sin cierta incredulidad la noticia de que había salido un tren o llegado un vapor, o bien que se iba a autorizar la circulación de los autos, el anuncio de éstos acontecimientos a mediados de febrero no provocó la menor sorpresa. Era poco, sin duda. Pero este ligero matiz delataba los enormes progresos alcanzados por nuestros conciudadanos en el camino de la esperanza. Se puede decir, por otra parte, que a partir del momento en que la más ínfima esperanza se hizo posible en el ánimo de nuestros conciudadanos, el reinado efectivo de la peste había terminado.

No hay que dejar de señalar que durante todo el mes de enero nuestros conciudadanos tuvieron reacciones contradictorias, pasaron por alternativas de excitación y depresión. Fue por esto por lo que hubo que registrar nuevas tentativas de evasión en el momento mismo en que las estadísticas eran más favorables. Esto sorprendió mucho a las autoridades y a los puestos de guardia porque la mayor parte de esos intentos tuvieron éxito. Pero en realidad las gentes se evadían obedeciendo a sentimientos naturales. En unos, la peste había hecho arraigar un escepticismo profundo del que ya no podían deshacerse. La esperanza no podía prender en ellos.

Y aunque el tiempo de la peste había pasado, ellos continuaban viviendo según sus normas. Estaban atrasados con respecto a los acontecimientos. En otros, y éstos se contaban principalmente entre los que habían vivido separados de los seres que querían, después de tanto tiempo de reclusión y abatimiento, el viento de la esperanza que se levantaba había encendido una fiebre y una impaciencia que les privaban del dominio de sí mismos. Les entraba una especie de pánico al pensar que podían morir, ya tan cerca del final, sin ver al ser que querían y sin que su largo sufrimiento fuese recompensado. Así, aunque durante meses con una oscura tenacidad, a pesar de la prisión y el exilio, habían perseverado en la espera, la primera esperanza bastó para destruir lo que el miedo y la desesperación no habían podido atacar. Se precipitaron como locos pretendiendo adelantarse a la peste, incapaces de ir a su paso hasta el último momento.

Al mismo tiempo hubo también señales de optimismo, se registró una sensible baja en los precios. Desde el punto de vista de la economía pura, este movimiento no se podía explicar. Las dificultades seguían siendo las mismas, las formalidades de cuarentena habían sido mantenidas en las puertas y el aprovisionamiento estaba lejos de mejorar. Se asistía, pues, a un fenómeno puramente moral, como si el retroceso de la peste repercutiese por todas partes. Al mismo tiempo, el optimismo ganaba a los que antes vivían en grupos y que a causa de la enfermedad habían sido obligados a la separación. Los dos conventos de la ciudad empezaron a rehacerse y la vida en común recomenzó. Lo mismo fue para los militares, que volvieron a reunirse en los cuarteles ya libres, reanudando su vida normal de guarnición.

Estos pequeños hechos eran grandes síntomas.

La población vivió en esta agitación secreta hasta el veinticinco de enero. En esa semana las estadísticas bajaron tanto que, después de una consulta con la comisión médica la prefectura anunció que la epidemia podía considerarse contenida. El comunicado añadía que por un espíritu de prudencia, que no dejaría de ser aprobado por la población, las puertas de la ciudad seguirían aún cerradas durante dos semanas y las medidas profilácticas mantenidas durante un mes. En este período, a la menor señal de que el peligro podía recomenzar, "el *status quo* sería mantenido y las medidas llevadas al extremo". Todo el mundo estaba de acuerdo en considerar a estas cláusulas como de mero estilo y una gozosa agitación henchía la ciudad la noche del veinticinco de enero. Para asociarse a la alegría general, el prefecto dio orden de restituir el alumbrado, como en el tiempo de la salud. Nuestros conciudadanos se desparramaron por las calles iluminadas, bajo un cielo frío y puro, en grupos ruidosos y pequeños.

Es cierto que en algunas casas las persianas siguieron cerradas y las familias pasaron en silencio esta velada que otros llenaron de gritos. Sin embargo, para muchos de esos seres enlutados, el alivio era también profundo, bien porque el miedo de ver a otros de los suyos arrebatados hubiera desaparecido, o bien porque la atención necesaria para su conservación personal pudiera dejar de estar alerta. Pero las familias que tenían que quedar más ajenas a la alegría general eran, sin discusión, las que en ese momento tenían un enfermo debatiéndose con la peste en un hospital, o las que en las residencias de cuarentena o en sus casas esperaban que la plaga terminase para ellas como había terminado para los otros. Éstas concebían también esperanzas, es cierto, pero hacían de ellas un depósito que dejaban en reserva y al que se proponían no tocar hasta tener verdaderamente derecho. Esta espera, esta vigilia silenciosa a mitad del camino entre la

agonía y la alegría, les resultaba aun más cruel en medio del júbilo general.

Pero estas excepciones no mermaban nada a la satisfacción de los otros. Sin duda, la peste todavía no había terminado y aun tenía que probarlo. Sin embargo, en todos los ánimos, ya desde muchas semanas antes, los trenes partían silbando por vías sin fin y los barcos surcaban mares luminosos. Al día siguiente, los ánimos estarían más calmados y renacerían las dudas. Pero, por el momento, la ciudad entera se despabilaba, dejando los lugares cerrados, sombríos e inmóviles, donde había echado raíces de piedra, y se ponía al fin en marcha con su cargamento de supervivientes. Aquella noche Tarrou y Rieux, Rambert y los otros, iban entre la multitud y sentían ellos también que les faltaba el suelo bajo los pies. Mucho tiempo después de haber dejado los bulevares, Tarrou y Rieux sentían que esta alegría los perseguía cuando ya estaban en las callejuelas desiertas, pasando bajo las ventanas con persianas cerradas. Y, a causa de su mismo cansancio, no podían separar este sufrimiento, que continuaba detrás de las persianas, de la alegría que llenaba las calles, un poco más lejos. La liberación que se aproximaba tenía una cara en la que se mezclaban las lágrimas y la risa...

Capítulo 2: Sobre Camus y el final de la Peste

Conectorium

Albert Camus murió el 4 de enero de 1960 en un accidente automovilístico, un día después de declarar:

“Morir en un accidente de auto es una muerte imbécil”.

Hizo este comentario un día después de la muerte del ciclista Fausto Coppi, pentacampeón del Giro de Italia y bicampeón del Tour de France, de quien los medios reportaron erróneamente—cómo no—que había muerto atropellado. Luego se corrigió que Coppi había muerto víctima de una malaria o una tifoidea mal curada que contrajo en Burkina Faso. Y el 2002 *Il Corriere dello Sport* “destapó” la (no comprobada) historia de que había muerto envenenado, por una venganza.

Coppi murió a los 40, Camus a los 46. Camus, el crítico de la falta de rigor en la información y la introspección, el impulsor del absurdismo de nuestra existencia, encontró el final físico de la suya en un final absurdo, cuya paradoja se ve acrecentada por más detalles. El accidente ocurrió luego de que se les reventara una llanta en una recta—ya todos saben cómo se maneja en una recta, no importa si llueve—, y se estrellaran contra un árbol. Quien conducía era su editor, Michel Gallimard, que falleció cinco días más tarde; los otros dos pasajeros del auto, la esposa y la hija de Gallimard, iban en el asiento trasero y apenas sufrieron

contusiones. De Flocc, el perro de los Gallimard—un skye terrier—, nunca se supo el destino. Camus planeaba regresar de Lourmarin a París en tren, con su esposa y sus hijos, pero aceptó la invitación y la insistencia del editor a último momento: en el bolsillo de su pantalón se encontró el ticket de tren, sin uso.

El enero de Camus era un enero frío, lluvioso, y así lo muestra en su segunda novela, *La Peste* (1947). En la quinta y última parte, el escritor describe los sentimientos encontrados de la población al verse cerca el final de la plaga: el lento retorno a las actividades “normales”, el final de la cuarentena, el contraste entre el dolor de quienes todavía sufren y la alegría de los desafectados, la oposición entre la algarabía que comenzaba a inundar las calles y las casas que mantenían todavía las persianas cerradas. En un pasaje describe un enero parecido al nuestro, salvo por algunos detalles:

“...una esperanza insensata se desataba, de tal modo que nuestros conciudadanos no se daban a veces cuenta de ello y afirmaban con precipitación que, en todo caso, la liberación no sería para el día siguiente. Y así fue; la peste no se detuvo al otro día, pero a las claras se empezó a debilitar más de prisa de lo que razonablemente se hubiera podido esperar. Durante los primeros días de enero, el frío se estabilizó con una persistencia inusitada y pareció cristalizarse sobre la ciudad. Sin embargo, nunca había estado tan azul el cielo. Durante días enteros su esplendor inmutable y helado inundó toda la ciudad con una luz ininterrumpida. En este aire purificado, la peste, en tres semanas, y mediante sucesivos descensos, pareció agotarse, alineando cadáveres cada día

menos numerosos. Perdió en un corto espacio de tiempo la casi totalidad de las fuerzas que había tardado meses en acumular. Viendo cómo se le escapaban presas enteramente sentenciadas, cómo se exacerbaba en ciertos barrios durante dos o tres días, mientras desaparecía totalmente en otros, cómo multiplicaba las víctimas el lunes, y el miércoles las dejaba escapar casi todas; viéndola desfallecer o precipitarse se hubiera dicho que estaba desorganizándose por enervamiento o cansancio y que perdía, al mismo tiempo que el dominio de sí misma, la eficacia matemática y soberana que había sido su fuerza. El suero de Castel empezó a tener, de pronto, éxitos que hasta entonces le habían sido negados. Cada una de las medidas tomadas por los médicos, que antes no daban ningún resultado, parecieron inesperadamente dar en el clavo. Era como si a la peste le hubiera llegado la hora de ser acorralada y su debilidad súbita diese fuerza a las armas embotadas que se le habían opuesto.”

Nuestro enero de 2022 ve la misma luz que los ciudadanos de Albert; la disparidad surge en que el número de nuestros casos resurgen, pero el número de nuestros muertos también desciende—lo que implica que más mortales se mantienen con vida. Nuestra disparidad en el porcentaje de muertos versus contagiados radica también en que nuestro “suero de Castel, empezó a tener, de pronto, éxitos”. Pero la verdadera diferencia, más allá de la ficción de la novela y la realidad que hemos vivido—que va más allá de cualquier ficción—, radica en un último intento de Camus por reconciliar al ser humano con la virtud. Describe, en su fantasía:

“Al mismo tiempo hubo también señales de optimismo, se registró una sensible baja en los precios. Desde el punto de vista de la economía pura, este movimiento no se podía explicar. Las dificultades seguían siendo las mismas, las formalidades de cuarentena habían sido mantenidas en las puertas y el aprovisionamiento estaba lejos de mejorar. Se asistía, pues, a un fenómeno puramente moral, como si el retroceso de la peste repercutiese por todas partes.”

Lo que sucede hoy en día, “desde el punto de vista de la economía pura”, tiene perfecto sentido, y la moral y la ideología no resisten los embates de la realidad y de la Naturaleza, que no reconoce ni ética, ni méritos, ni justicia, ni teoría. Asumo que Alberto intentaba, una vez más, demostrar el absurdo del mundo que nos inventamos. Y espero que este grande y gran admirado, que este ateo “exhausto y desilusionado”, descanse en paz y que de Dios goce.

*

Capítulo 3: **Charles Darwin y la selección natural en naciones civilizadas**

Contextorium

El Origen del Hombre: La Selección Natural y la Sexual, de Charles Darwin, fue publicado por primera vez en febrero de 1871, poco más de 11 años después de su *Origen de las Especies*, y se convirtió rápidamente en un éxito de ventas que requirió varias reimpressiones y revisiones. Una segunda edición, también muy revisada y reimpressa con nuevas adiciones, fue publicada en 1874; de esta tomamos el extracto servido a continuación. Como nota especial a este libro, “la palabra evolución aparece, por primera vez en cualquier obra de Darwin, en la página 2 del primer volumen de la primera edición, es decir antes de su aparición en la sexta edición de *El Origen de las Especies* al año siguiente” (R. B. Freeman, *An Introduction to The Descent of Man*, 1977). De la traducción hablamos en el conectorium del final.

Libro: El Origen del Hombre (1871) **Capítulo 5, sección: La selección natural en su acción sobre las naciones civilizadas (extracto)**

En el anterior capítulo, y en el principio del presente, he considerado los progresos efectuados por el hombre, á partir de la condición primitiva semi humana, hasta su estado actual en los países en que todavía el hombre se

encuentra en estado salvaje. Creo deber añadir aquí algunas observaciones relativas a la acción de la selección natural sobre las naciones civilizadas. Este asunto ha sido muy bien discutido por M. R. Greg, y anteriormente por Wallace y Galton. La mayor parte de mis observaciones están tomadas de estos autores. Entre los salvajes, los individuos de cuerpo ó espíritu débil son eliminados prontamente, y los que sobreviven se distinguen ordinariamente por su vigorosa salud. Los hombres civilizados nos esforzamos para detener la marcha de la eliminación; construimos asilos para los idiotas y los enfermos, legislamos la mendicidad, y desplegan nuestros médicos toda su sagacidad para conservar el mayor tiempo posible la vida de cada individuo. Abundan las razones para creer que la vacuna ha preservado á millares de personas que, á causa de la debilidad de su constitución, hubieran sucumbido á los ataques variolosos [de viruela]. Aprovechando tales medios los miembros débiles de las sociedades civilizadas propagan su especie. Todos los que se han ocupado en la reproducción de los animales domésticos, pueden calcular cuán perjudicial debe ser el último hecho á la raza humana. Sorprende el ver de qué modo la falta de cuidados, ó tan sólo los cuidados mal dirigidos, pueden arrastrar á una rápida degeneración á una raza doméstica; y, exceptuando en los casos relativos al hombre mismo, nadie es bastante ignorante para permitir que se reproduzcan sus animales más defectuosos.

Los socorros que nos inclinamos á dar á los seres enfermizos, son principalmente un resultado accesorio del instinto simpático, adquirido originariamente como

formando parte de los instintos sociales, y que sucesivamente ha ido siendo más compasivo y extendiéndose más. Aunque á ello nos obligasen razones perentorias, no podríamos reprimir nuestra simpatía, sin sentirnos acerbamente heridos en la parte más noble de nuestra naturaleza. Indiferente é insensible, practica el médico una operación quirúrgica, pero se muestra así porque sabe que se trata de la salud de un paciente; sólo por una ventaja fortuita no atenderíamos intencionalmente al socorro de los seres raquíuticos y enfermizos, pero en cambio nos resultaría de ello un perjuicio moral, positivo y duradero. Por lo tanto, debemos admitir, sin protestar, los efectos malos á todas luces que resultan de la supervivencia y de la propagación de los individuos enfermizos, ya que están atenuados por el hecho de que los miembros demasiado débiles é inferiores de la sociedad se casan menos fácilmente que los sanos, Este freno podría llegar á tener una eficacia real, si los débiles de cuerpo y espíritu se abstuviesen del matrimonio, cosa más de desear que de esperar.

En todos los países civilizados, el hombre acumula su propiedad y la transmite á sus hijos. De ello resulta que no todos los hijos, en un país, parten de un punto mismo, al emprender el camino de la lucha, á cuyo término se encuentra la victoria; pero este mal está compensado por el hecho de que sin la acumulación de los capitales, las artes no progresan, y principalmente por la acción de éstas, las razas civilizadas han extendido y extienden hoy por todas partes su dominio, reemplazando á las razas inferiores. La acumulación moderada de la fortuna no causa ningún retardo á la

marcha de la selección natural. Cuando un hombre pobre llega á ser rico, sus hijos se dedican á oficios ó profesiones, en los que no deja de ejercerse la lucha, y tienen más probabilidad de triunfar los individuos más favorecidos bajo el punto de vista del cuerpo ó del espíritu. La existencia de una clase de hombres que no están obligados á ganar su subsistencia con el trabajo material, tiene una importancia inapreciable, porque quedan encargados de todo el trabajo intelectual superior, del que dependen principalmente los progresos materiales de toda clase, á la par que otras ventajas de orden más elevado. Una fortuna considerable tiende, sin duda, á transformar al hombre en un vago inútil, pero su número es siempre reducido, porque á consecuencia de cierto grado de eliminación, vemos cada día á personas ricas insensatas y de una conducta desarreglada que disipan todos sus bienes.

El mayorazgo con sustitución de bienes [derecho que tiene el primogénito de una familia de heredar todos los bienes], es un perjuicio más directo, por más que en otras épocas haya constituido una ventaja, creando una clase dominante, y cualquier gobierno es mejor que la anarquía...

Conectorium

Continuamos con este extracto, no en una serie sobre evolución—o tal vez sí lo hacemos: al final y al cabo, una serie sobre la vacunación habla de la capacidad de adaptación y evolución de una especie. La última palabra del texto que acabamos de leer, “anarquía”, ha

sido cuidadosamente seleccionada, curada, para seguir hablando del asunto.

La traducción que leemos fue hecha por un tal A. López White, publicada en 1920, aunque según Alberto Gomis Blanco, “dudamos que existiera este tal A. López White, de lo que no dudamos es que” su traducción sigue, “casi al pie de la letra”, la traducción de Joaquín María Bartrina de 1876 (*Los Libros de Darwin*, 2010). Bartrina tenía en ese entonces solo 26 años; murió a los 30 de tuberculosis. 2 años después, Robert Koch anuncia el descubrimiento de la bacteria que causa la tuberculosis, y desde el año 1921 esta enfermedad se puede controlar con una vacuna, y ya no mata una de cada siete personas en el hemisferio norte de cultura occidental. Si López White o si Bartrina—cuyo español antiguo respetamos—, en todo caso, vuelvo a la palabra “anarquía”, presente en la primera edición del texto de Darwin cambiada por “ningún gobierno” en su edición final. Esta aparece en una línea que fue omitida por el traductor—“creando una clase dominante...”—y que me doy la libertad de agregar por amor al rigor, y por amor a este arte. Asumo que la omisión fue hecha porque Darwin repite la frase luego de haberla escrito un par de páginas antes en el mismo capítulo. ¿Habría querido recalcar que “cualquier forma de gobierno es mejor que ninguna”?

Pero vuelvo al tema que nos atañe, la vacuna: por ahora, todo lo que hay que decir lo dice *the one and only* Charles Robert Darwin (1809-1882), que repito:

“Abundan las razones para creer que la vacuna ha preservado a millares de personas que, a causa de la debilidad de su constitución, hubieran sucumbido a los ataques de viruela. Aprovechando tales medios los miembros débiles de las sociedades civilizadas propagan su especie... Los socorros que nos inclinamos a dar a los seres enfermizos, son principalmente un resultado accesorio del instinto simpático, adquirido originariamente como formando parte de los instintos sociales, y que sucesivamente ha ido siendo más compasivo y extendiéndose más. Aunque a ello nos obligasen razones irrefutables, no podríamos reprimir nuestra simpatía sin sentirnos cruelmente heridos en la parte más noble de nuestra naturaleza.”

La vacunación, entonces, dejando fuera los debates morales y sobre las restricciones gubernamentales que atacaremos luego, surgió de la necesidad natural, incrustada en nuestro código, transformada en sentimientos, convertida en acciones, que tenemos que preservar a los de nuestra especie.

Capítulo 4: La Enciclopedia Británica y la vacunación

Conectorium

En el capítulo anterior leímos a Charles Darwin publicar, en la década del 70 del siglo 19, que “abundan las razones para creer que la vacuna ha preservado a millares de personas que, a causa de la debilidad de su constitución, hubieran sucumbido a los ataques de viruela. Aprovechando tales medios los miembros débiles de las sociedades civilizadas propagan su especie”, ayudando así tanto a la supervivencia de nuestra especie, aumentando la calidad y la expectativa de vida, y la cantidad de genios, tontos y mediocres. Si esto nos hace más débiles o más fuertes es cuestión para otro artículo, ya que, si bien sobreviven más débiles, estos débiles se hacen más fuertes gracias al avance de la ciencia y la medicina; pero éstas nos vuelvan más débiles al eliminar aquello en el medio ambiente que nos mata o hace daño, eliminando estresores, haciéndonos a la vez más resistentes por *via negativa*; pero esta falta de “tire y afloje” y el aumento continuo del confort nos hacen más débiles... y así podemos continuar horas.

Las vacunas funcionan como estresores, digamos, benignos: si nunca has visto un felino, no es lo mismo que te ataque un jaguar de 80 kilogramos a 80 kilómetros por hora, que veinte gatos de 4 kilos a 40 kilómetros por hora, ni siquiera al mismo tiempo. Un encuentro cercano con un gato con ganas de jugar—un

gato que se cree enviado de Dios, amo y señor del orden y del caos y del Universo—te deja marcado, y te enseña a reconocer el peligro de felinos de mayor tamaño. Asumamos que así funcionan las vacunas, como gatitos. O mejor, no asumamos. De la mano de dos enciclopedias, la *Británica* en su edición de 1911, y la *Católica* de 1913, revisemos la historia y el origen de la inoculación moderna.

Contextorium

Publicada entre 1910 y 1911, la 11ª edición de la *Encyclopædia Britannica* es su edición más famosa, siendo guía y puente del conocimiento a lo largo del siglo 20—lo que no quita que tenga su *fair share* de controversias e inexactitudes. Entre los colaboradores más famosos que escribieron algunos de los artículos de esta edición están Bertrand Russell, Edmund Husserl, John Muir, G. K. Chesterton, Piotr Kropotkin y T. H. Huxley.

A continuación, servimos un extracto de su entrada sobre la vacunación, como parte de nuestra serie sobre el mismo tema, tema sobre el que conectamos algunos puntos antes de leer la *Británica*, cuya sección fue traducida en casa en enero de 2022, probablemente la primera traducción al español hecha de este pedacito hasta la fecha.

Enciclopedia Británica (1911) **Artículo: Vacunación (extracto)**

VACUNACIÓN (del latín *vacca*, vaca), término originalmente ideado para un método de inoculación

protectora contra la viruela, consistente en la transferencia intencional al ser humano de la enfermedad eruptiva del ganado denominada viruela bovina (*vaccinia*). El descubrimiento de la vacunación se debe al Dr. Edward Jenner, en ese entonces un médico rural de Berkeley, en el valle de Gloucester, cuyas investigaciones se publicaron por primera vez en 1798 en forma de folleto, titulado *Una Indagación sobre las Causas y Efectos de la Variolae Vaccinae, etc.* (*An Inquiry into the Causes and Effects of the Variolae Vaccinae, &c.*). Muchos años antes, mientras era aprendiz de un médico en Sodbury, cerca de Bristol, su atención se centró en una creencia ampliamente extendida en Gloucestershire durante la segunda mitad del siglo 18, de que aquellas personas que durante su empleo en las granjas lecheras contrajeron la viruela bovina, quedaron por ello protegidas de un ataque subsiguiente de viruela. En particular, su interés fue despertado por un comentario casual hecho por una joven campesina que pasó por la consulta un día en busca de consejo, y que, al escuchar la mención de la viruela, soltó inmediatamente el comentario de que no podía contraer la enfermedad, ya que había tenido viruela bovina. Al llegar a Londres en 1770, para terminar su educación médica, Jenner se convirtió en alumno de John Hunter, con quien discutía frecuentemente la cuestión de la posibilidad de obtener protección contra la viruela. A su regreso a su pueblo natal de Berkeley en 1773, para ejercer como médico, aprovechó todas las oportunidades para hablar e investigar el asunto, pero no fue hasta mayo de 1796 que realmente comenzó a hacer experimentos. Su primer caso de vacunación fue el de un niño de ocho años de edad, llamado James Phipps, a quien inoculó en el brazo

con materia de viruela vacuna extraída de una llaga en la mano de Sarah Nelmes, una lechera que se había infectado con la enfermedad al ordeñar vacas que padecían viruela vacuna. Aparentemente, no fue hasta 1798 que hizo su primer intento de llevar una cepa de linfa de un brazo a otro. En la primavera de ese año, inoculó a un niño con materia extraída directamente del pezón de una vaca, y de la vesícula resultante en el brazo del niño al que operó primero, inoculó, o, como ahora puede llamarse más correctamente, “vacunó” a otro. De este niño, varios otros fueron vacunados. De uno de estos se realizó con éxito un cuarto retiro, y finalmente un quinto. A cuatro de estos niños se les inoculó posteriormente la viruela—la “prueba variolosa”—sin resultado. El éxito de muchos de estos experimentos, tanto en sus propias manos como en las de sus contemporáneos, llevó a Jenner a expresar su creencia—errónea, como lo demostraron los hechos—de que la influencia protectora de la vacunación duraría toda la vida de la persona operada. Obviamente no se dio cuenta de que los datos que disponía eran insuficientes para formar un juicio certero sobre este punto, ya que sólo el tiempo podía probar la duración exacta de la protección originalmente obtenida. La experiencia subsiguiente ha demostrado que, como bien ha dicho un escritor en el *Edinburgh Review*, “incluso después de una vacunación eficaz, es inevitable un lento progreso que se aleja de la seguridad hacia el peligro, y la re-vacunación al menos una vez después de la infancia es necesaria si se quiere mantener la protección”...



Edward Jenner, retratado por John Raphael Smith (1800)

Capítulo 5: La Enciclopedia Católica y la vacunación y Edward Jenner

Contextorium

La *Catholic Encyclopedia* fue publicada en 1913 por *The Encyclopedia Press* en Nueva York. Ofrecía información sobre temas relativos a los intereses, acciones y doctrina católicos, sin dejar de lado varios avances científicos, culturales ni personalidades del mundo de la ciencia, arte y literatura que practicaban su fe.

A continuación, extraemos de su artículo *Medicina* la sección sobre la vacunación y su principal figura, Edward Jenner. El artículo fue escrito por el austríaco Leopold Senfelder, y fue traducido en enero de 2022 en esta casa editorial, hasta la fecha la única traducción que se pueda encontrar al español de este retazo. Al final, conectamos su historia con la introducción de la vacunación a Inglaterra, gracias a la reina y Lady Mary Wortley Montagu, y a Rusia, gracias a la emperatriz Catalina la Grande.

Enciclopedia Católica (1913)

Artículo: Medicina; sección: Vacunación y Edward Jenner

Parece que la gente poseía un método protector eficaz contra una de las epidemias más destructivas, la viruela (*variola*), incluso en los tiempos más antiguos. Se dice

que desde una antigüedad remota, los brahmanes del Indostán transfirieron el veneno de la viruela (secreción de las pústulas) a personas sanas mediante incisiones en la piel, con el objeto de protegerlas contra nuevas infecciones provocando una enfermedad local. En China, la gente se tapaba la nariz con incrustaciones de viruela. Una transferencia peculiar con una aguja (inoculación) se usaba entre los circasianos y georgianos. Este método supuestamente griego llegó a ser conocido en Constantinopla hacia fines del siglo XVII, y fue introducido en Inglaterra por Lady Wortley Montagu, esposa del embajador inglés, quien había vacunado con éxito a su propio hijo en 1717. A pesar de la fuerte aprobación de la corte y la aristocracia, la inoculación encontró una violenta resistencia por parte de los médicos y el clero. El descuido, la charlatanería y su mala reputación hicieron que el método fuera olvidado, hasta que en 1746 el obispo Isaac Maddox de Worcester, mediante la enseñanza popular y el establecimiento de instituciones para la inoculación, proclamó una vez más su valor. Entre los médicos que estaban a favor de la inoculación estaban Richard Mead (1673-1754). Robert y Daniel Sutton (1760, 1767), Thomas Disdale (1767). Théodore Tronchin (1709-1781) y Haller. En Austria fue introducido por van Swieten, a cuya sugerencia María Teresa [I de Austria, única soberana de la casa de Habsburgo], en 1768, llamó a Viena al famoso naturalista Jan Ingen-Housz (1730-99), a pesar de la oposición del profesor clínico de Haen. Mientras tanto, apareció otro competidor a la inoculación. En los países dedicados a la ganadería se observó que los que entraban en contacto con vacas enfermas de viruela enfermaban con frecuencia y tenían

pústulas en los dedos, pero tales personas eran inmunes a la viruela humana. Esto incitó al médico Edward Jenner (1749-1823) a continuar haciendo experimentes durante veinte años. El 14 de mayo de 1796 realizó su primera inoculación con la linfa de la viruela bovina (vacunación), un experimento de importancia mundial. El descubrimiento de Jenner fue recibido en todas partes con aprobación entusiasta. Las primeras vacunas en el continente fueron realizadas en Viena por Jean de Caro en 1799 y por sus contemporáneos Alois Carenio (m. 1811) y Paschalis Joseph von Ferro (m. 1809); en Alemania, por Georg Friedrich Ballhorn (1772-1805) y Christian Friedrich Stromeyer (1761-1824); en Francia, por Rochefoucauld-Liancourt. La inoculación protectora con vacuna se introdujo en casi todos los estados civilizados durante el siglo 19, en parte por libre elección y en parte por leyes que imponen la vacunación obligatoria.

Conectorium

“Vacunación obligatoria” es donde quería llegar. Podemos leer una primera carta de Lady Mary Wortley Montagu—quien no solo fue la “esposa del embajador inglés” y quien introdujo la inoculación en Europa, como la describe el austríaco Leopold Senfelder, autor de este artículo para la *Enciclopedia Católica* publicada en 1913, sino también una excelente escritora, poeta, dramaturga, editora y exploradora—, o podemos leer el primer postulado de Edward Jenner, o postulados de Louis Pasteur—inventor de las vacunas contra el ántrax, el cólera y la rabia, entre 1880 y 1885—, o hacer una reseña sobre la historia de las epidemias; pero esta serie

sería muy larga y carecería de conflicto. Y el conflicto social de la inoculación es lo que vamos a tratar.

Ya sabemos que la inoculación no se inició con Jenner, ni se inició en Europa, ni se inició en el siglo 18: el proceso es antiguo; pero el siglo 18 fue donde comenzó la Ilustración, fue el primer Siglo de las Luces (el segundo es el actual), y en aquella época algo pasó con el ser humano que empezó a descubrir cosas y a adquirir una mentalidad de producción masiva. No por nada la primera Revolución Industrial empezó en este momento de la historia (la cuarta es la actual, denominada también, cómo no, en perfecta armonía con los términos contemporáneos, Industria 4.0). Sucedió con esta revolución medicinal, la vacunación, lo que sucede con toda era transformadora: se llenó de charlatanes, fanáticos, defensores y detractores. Y este es el tema que estudiaremos, porque los pro- y los anti-vacunas existen desde principios del 1700. Deja claro el autor del artículo que los primeros en adoptar las nuevas medidas fueron los de clases acomodadas o educadas, exactamente como sucede ahora, y la “violenta resistencia” venía “por parte de los médicos y el clero”. Los doctores, después, se fueron volcando de lado; los del clero tardaron el tiempo suficiente como para que una parte considerable de los cristianos sigan manteniendo su oposición 3 siglos después.

Volviendo al siglo 18, la otra mujer importante en la historia de la vacunación fue Catalina II la Grande, nacida en Polonia en 1729, considerada alemana, nacida luterana y convertida cristiana ortodoxa, y que fue emperatriz de Rusia desde 1762, el año en que moría

Lady Montagu, hasta 1796 (las condiciones de su ascenso y reinado son historia aparte). Esta mujer agrandó el imperio ruso llegando hasta Turquía y Polonia—pasando por los territorios de los circasianos—, fue escritora, introdujo en Rusia la cultura y la medicina europea, y para introducir la inoculación contra la viruela fue la primera persona en ponérsela. En 1787 escribió una carta al conde Piotr Aleksandrovich pidiendo la aplicación masiva de la inoculación en las provincias, carta que se subastó junto con un retrato suyo hecho por Dmitry Levitsky por poco más de un millón de dólares en noviembre de 2021. En 1768, el mismo año mencionado de María Teresa I de Austria, soberana de un territorio hoy compuesto por los Países Bajos, Alemania, Hungría, Croacia, Austria, parte de Italia y parte de Polonia (las otras dos partes las tomaron Federico el Grande de Prusia y Catalina la Grande)—en 1768, Catalina, otra déspota ilustrada, en una carta a Voltaire, con su inoculación recién celebrada (también a manera de fiesta nacional), llamó a los anti-vacunas “verdaderamente tontos, ignorantes o simplemente malvados”. Voltaire era especialista en hacer buenas migas con aristócratas y gobernadores de la época; sirva de ejemplo Federico el Grande de Prusia, a quien Catalina también escribió en pro de la inoculación luego de que él le aconsejara “no correr el riesgo”. De entre los que no quisieron correr el riesgo en la Europa del siglo 18, 5 reyes y más de 15 candidatos a sucesores murieron de viruela, enfermedad que se llevaba allí a 400 mil personas por año en el pico de la pandemia (0,2% de su población); hoy las vacunas salvan a 9 millones anuales en el mundo. Entre los perdidos se cuenta al amado rey Luis XV de Francia; su

hijo fue inoculado inmediatamente luego de ascender al trono. Voltaire, el francés que intercambió una larga amistad con Catalina la Grande, es el tercer actor importante en la propaganda pro-vacunas de ese siglo; leemos a continuación lo que dijo en su carta más famosa sobre el tema.



Retrato de Catalina la Grande, por Dmitry Levitsky

Capítulo 6: Voltaire sobre la inoculación

Contextorium

Es necesario saber, antes de leer esta carta, que Voltaire casi muere de viruela entre 1723 y 1724, y fue curado gracias al procedimiento de un doctor altamente criticado. Luego se muda a Londres, donde entre en 1726 y 1729, el francés escribe en inglés las originalmente llamadas *Cartas Escritas en Londres Sobre los Ingleses y otros Temas*. Publicadas primero en inglés en 1733, y en francés en 1734, el compendio de 24 cartas también es conocido como *Cartas Filosóficas*, *Cartas Inglesas* o *Cartas Sobre la Nación de Inglaterra* gracias a una edición revisada de 1778, año de su muerte, llamada *Lettres Philosophiques sur les Anglais* (*Cartas Filosóficas sobre los Ingleses*). El período histórico conocido como la Ilustración empieza con la publicación de este libro.

La carta número 11, servida líneas abajo, es uno de los escritos más famosos de Voltaire a favor de la inoculación contra la viruela, un tema recurrente a lo largo de su vida y en sus escritos. En 1756, Voltaire le inserta un párrafo a esta carta: “Se rezaría en París contra esta invención saludable, como se ha escrito veinte años antes contra las experiencias de Newton: todo prueba que los ingleses son más filósofos y más audaces que nosotros.”

Si bien hay un par de traducciones al español de este libro dando vueltas por internet, en enero de 2022 hicimos esta nueva traducción desde la carta original en inglés, evitando dejar de lado, como otros traductores, el carácter y las críticas filosas del autor.

Libro: Cartas Filosóficas sobre los Ingleses (1729)

Carta 11: Sobre la Inoculación

Se afirma sin querer en los países cristianos de Europa que los ingleses son tontos y locos. Tontos, porque les dan la viruela a sus hijos para prevenir que la tengan; y locos, porque transmiten gratuitamente un cierto y terrible moquillo a sus hijos, simplemente para prevenir un mal incierto. Los ingleses, por otro lado, llaman cobardes y antinaturales al resto de los europeos. Cobardes, porque tienen miedo de someter a sus hijos a un poco de dolor; antinaturales, porque los exponen a morir alguna u otra vez de viruela. Pero para que el lector pueda juzgar si los ingleses o los que difieren de ellos en opinión tienen razón, aquí sigue la historia de la famosa inoculación que se menciona con tanto pavor en Francia.

Las mujeres circasianas, desde tiempos inmemoriales, han transmitido la viruela a sus hijos cuando no tenían más de seis meses, haciendo una incisión en el brazo y poniendo en esta incisión una pústula tomada cuidadosamente del cuerpo de otro niño. Esta pústula produce en el brazo en que se deposita el mismo efecto que la levadura en un trozo de masa: fermenta y difunde por toda la masa de sangre las cualidades de las que está impregnada. Las pústulas del niño en quien se ha

inoculado la viruela artificial se emplean para comunicar el mismo moquillo a otros. Hay una circulación casi perpetua de él en Circasia; y cuando, por desgracia, la viruela abandona por completo el país, los habitantes se encuentran en una gran angustia y perplejidad como cuando en otras naciones su cosecha se queda corta.

La circunstancia que introdujo una costumbre en Circasia, que a los demás les parece tan singular, es sin embargo una causa común a todas las naciones, me refiero a la ternura y el interés maternal.

Los circasianos son pobres, y sus hijas son hermosas, y de hecho es en ellas donde reside su principal comercio. Amueblan con bellezas los harenes del sultán turco, del sufí persa y de todos aquellos que son lo suficientemente ricos como para comprar y mantener tan preciosas mercancías. Estas doncellas están muy honorable y virtuosamente instruidas para acariciar a los hombres; se les enseñan bailes de un tipo muy cortés y afeminado; y cómo realzar, con los artificios más voluptuosos, los placeres de sus desdeñosos amos a quienes están destinadas. Estas infelices criaturas repiten su lección a sus madres de la misma manera que las niñas entre nosotros repiten su catecismo, sin entender una sola palabra de lo que dicen.

Ahora bien, a menudo sucedía que después de que un padre y una madre se habían ocupado al máximo de la educación de sus hijos, se veían frustrados de todas sus esperanzas en un instante. La viruela entró en la familia, una hija murió a causa de ella, otra perdió un ojo, una tercera quedó con una gran nariz luego de su

recuperación, y los infelices padres quedaron completamente arruinados. Incluso con frecuencia, cuando la viruela se hizo epidémica, el comercio se suspendió durante varios años, lo que redujo considerablemente los harenes de Persia y Turquía.

Una nación comerciante está siempre atenta a sus propios intereses y se aferra a cada descubrimiento que pueda ser de ventaja para su comercio. Los circasianos observaron que apenas una persona entre mil era atacada alguna vez por una viruela de tipo violento. Que algunos incluso pasaron positivamente por este moquillo tres o cuatro veces, pero nunca dos veces como para que resulte fatal; en una palabra, que nadie la tuvo nunca en grado violento dos veces en su vida. Observaron, además, que cuando la viruela es del tipo más leve y las pústulas sólo tienen una piel tierna y delicada para abrirse paso, nunca dejan la menor cicatriz en la cara. De estas observaciones naturales llegaron a la conclusión de que, en caso de que un niño de seis meses o un año de edad tuviera un tipo más leve de viruela, no moriría de ella, no quedaría marcado, ni sería afligido con eso de nuevo jamás.

Por lo tanto, para preservar la vida y la belleza de sus hijos, lo único que quedaba era darles la viruela en sus años de infancia. Esto lo hicieron, inoculando en el cuerpo de un niño una pústula tomada del tipo de viruela más regular y al mismo tiempo más favorable que podía obtenerse.

El experimento no podía fallar. Los turcos, que son gente de buen sentido, adoptaron pronto esta

costumbre, hasta el punto de que en este tiempo no hay un Pachá en Constantinopla que no transmita la viruela a sus hijos de ambos sexos inmediatamente después de ser destetados.

Algunos dicen que los circasianos tomaron prestada esta costumbre antiguamente de los árabes; pero dejaremos la aclaración de este punto de la historia a algún beneditino erudito, quien no dejará de compilar muchos folios sobre este tema con varias pruebas o autoridades. Todo lo que tengo que decir al respecto es que, al comienzo del reinado del rey Jorge I, Lady Wortley Mountagu, una mujer de un genio tan fino y con una fuerza mental tan grande como cualquiera de su sexo en los Reinos Británicos, estando con su marido, que era embajador en el puerto, no tuvo escrúpulos en comunicar la viruela a un niño que había dado a luz en Constantinopla. El capellán le dijo a su dama, en vano, que se trataba de una operación no cristiana y, por lo tanto, que solo tendría éxito en los infieles. Sin embargo, tuvo el efecto más feliz sobre el hijo de Lady Wortley Mountagu, quien, a su regreso a Inglaterra, comunicó el experimento a la princesa de Gales, ahora reina de Inglaterra. Debe confesarse que esta princesa, abstraída de su corona y títulos, nació para fomentar a todo el círculo de las artes y para hacer el bien a la humanidad. Aparece como una amable filósofa en el trono, sin haber dejado escapar nunca una oportunidad de mejorar los grandes talentos que recibió de la naturaleza, ni de ejercer su beneficencia. Es ella quien, siendo informada que una hija de John Milton estaba viviendo, pero en circunstancias miserables, le envió inmediatamente un regalo considerable. Es ella

quien protege al erudito padre Courayer. Es ella quien condescendió a intentar una reconciliación entre el dr. Clark y el sr. Leibniz. En el momento en que esta princesa oyó hablar de la inoculación, hizo que se hiciera un experimento con cuatro criminales condenados a muerte, y por ese medio preservó sus vidas por partida doble; porque ella no sólo los salvó de la horca, sino que por medio de esta viruela artificial evitó que alguna vez tuvieran ese moquillo de una manera natural, con el que muy probablemente habrían sido atacados en un momento u otro, y podrían haber muerto a una edad más avanzada.

La Princesa, estando segura de la utilidad de esta operación, hizo que sus propios hijos fueran inoculados. Una gran parte del reino siguió su ejemplo, y desde entonces diez mil niños, por lo menos, de alto rango, deben de esta manera sus vidas a Su Majestad y a Lady Wortley Mountagu; y otras tantas del bello sexo agradecen a ellas por su belleza.

Según un cómputo general, sesenta de cada cien personas tienen viruela. De estos sesenta, veinte mueren a causa de ella en la estación más favorable de la vida, y otros tantos llevan los desagradables restos de ella en sus rostros mientras viven. Así, una quinta parte de la Humanidad muere o es desfigurada por este moquillo. Pero no resulta fatal para ninguno de los que son inoculados en Turquía o en Inglaterra, a menos que el paciente sea enfermizo o que hubiera muerto si no se le hubiera hecho el experimento. Además, si la inoculación fue perfecta, nadie queda desfigurado, nadie tiene la viruela por segunda vez. Por lo tanto, es cierto que si la

dama de algún embajador francés hubiera traído este secreto desde Constantinopla a París, la nación le habría estado eternamente agradecida. Entonces el duque de Villequier, padre del duque d'Aumont, que goza de la constitución más vigorosa, y es el hombre más saludable de Francia, no habría sido cortado en la flor de su edad.

El príncipe de Soubise, feliz en su mejor momento de salud, no habría sido arrebatado a los veinticinco; ni el delfín, abuelo de Luis XV, hubiera sido puesto en su tumba en su año cincuenta. Las veinte mil personas que la viruela barrió en París en 1723 habrían estado vivas en este tiempo. ¡Pero a los franceses no les gusta la vida, y la belleza es una ventaja tan insignificante como para que las damas la desprecien! Hay que confesar que somos un tipo extraño de gente. Quizá nuestra nación imite, dentro de diez años, esta práctica de los ingleses, si el clero y los médicos les dieran permiso para hacerlo: o posiblemente nuestros campesinos introduzcan la inoculación dentro de tres meses en Francia por mero capricho, en caso de que los ingleses la suspendieran por inconstancia.

Me informan que los chinos han practicado la inoculación estos cien años, circunstancia que juega mucho a su favor, ya que se cree que son las personas más sabias y mejor gobernadas del mundo. Los chinos en realidad no comunican este moquillo por inoculación, sino por la nariz, de la misma manera que tomamos rapé. Esta es una forma más agradable, pero luego produce los mismos efectos; y prueba al mismo tiempo que si la inoculación se hubiera practicado en Francia, habría salvado la vida de miles.

Capítulo 7: Epidemias y política, parte 1

Conectorium

Vamos al grano. Que es la frase que probablemente usaron los circasianos, los turcos, Lady Montagu, los ingleses, Catalina la Grande, Edward Jenner y los demás precursores de la vacuna. Si la vacuna pudo haberse llamado “equina”, y la vacunación “equinación”, es tema para otro momento. También es el de las bellezas circasianas de las que habla Voltaire, que bien pudieron ser rusas, pero su pueblo tuvo que huir de la invasión de su territorio y ahora son turcas. Muy famosas y retratadas en el siglo 19, su tráfico es tratado con letras por tipos como Mark Twain y Lord Byron en su *Don Juan*, y a este tráfico le debemos parcialmente la eterna polémica de la vacunación. Aunque, quedémonos un rato en el eterno negocio de la contratación de acompañantes, y traigamos a una persona que se puede contratar para acompañar. Eso, y más.

Aella (eso se hace llamar) no es solo una estrella del mundo de lo implícito y lo explícito (en OnlyFans), es también una celebridad en ese círculo tech de los Estados Unidos que tanto se interesa por la tecnología y su intersección con la filosofía y la psicología, ese círculo intelectual *upper class* que se afana en explorar cada rincón de la mente sin importar lo oscuro o claro que se pueda poner, ese círculo donde la línea entre lo natural y lo herético es casi indistinguible—como la

frontera entre Alemania, Austria y Suiza. Ese círculo que vive y respira en Twitter, donde Aella es una celebridad por sus encuestas intrigantes e incómodas. Una de las que hizo en 2021 fue un largo hilo con una palabra o concepto diferente en cada tuit y solo dos opciones: “*working class*” o “*upper class*”. Jesús, Tesla, el Superbowl, lealtad, seguridad, *hiking*, “contratar una *escort*” (su *part-time job*), barbas, Las Vegas, ser gay... Cuando la palabra “vacuna” fue propuesta, la respuesta del 87% de 3317 personas fue “clase alta”.



3.3k personas, la mayoría de “clase alta”, urbanos, con plata metida en cripto, no es precisamente una muestra representativa, pero repite un patrón político. Y cuando digo político uso su sentido griego, relativo a la *polis*, a la ciudad, a la *civitas*, a lo civil. Bueno, las encuestas de los *civis* de Twitter repiten más de un patrón social: que la *upper class* es más propensa a crear encuestas, que no es tan *upper class* sino más *urban class*, y que es la más

predispuesta a vacunarse, cosa que ya vimos en esta serie y en esta pandemia. Inocularse o no inocularse, en la superficie, parece un debate sobre las ventajas o desventajas de la vacunación. Doy por sentado, dada la historia y las estadísticas, que hacerlo salva vidas. El debate, en el fondo, pasa por el miedo y por lo político. En el segundo caso, pesa la obligatoriedad, la libertad, el bien común. En cualquiera de los casos, pesan las ideologías y la falta de confianza. Pesa lo anecdótico por encima de la evidencia, y la información y los números se usan para construir narrativas que afirmen lo que ya creemos, no para que busquemos mayor certeza sobre el asunto. Ya sabemos que cambiar de opinión, otrora acción loable, hoy es considerado pecado.

Me apego a mi narrativa. Alguna persona desarrolla miocarditis, de entre millones, y nos quedamos con ese caso; alguna persona se muere por coronavirus estando vacunada, y deducimos que todas las vacunas no funcionan. Se nos viene a la mente una persona que no vemos hace mucho tiempo, la vemos al día siguiente, y razonamos que podemos sentir el futuro, sin contar las demás veces que pensamos en alguien y no lo volvimos a ver. Bill Gates y otros advierten años antes el peligro de una pandemia, y en vez de previsores se convierten en los creadores, porque *¿cómo sabían?!* Porque leen, porque observan, porque conectan puntos. Ahora resulta que por eso quieren controlar a la humanidad y hacerlo todo en secreto, como si los humanos tuviéramos la capacidad de guardar secretos a gran escala y ponernos de acuerdo cuando hay intereses pesados de por medio. De repente quieren implantarnos chips 5G, con agujas, para seguirnos a todas partes,

como si no hubiéramos decidido voluntariamente esa alternativa hace tiempo a cambio de servicios gratis, buenas ofertas y comodidad. De repente quieren meternos un suero asesino y eliminar a la mitad de la población, a los más pobres y más necesitados, como si no se necesitara comercio, consumo, mano de obra; como si los pobres fuesen el prototipo de la confianza en la medicina tradicional.

En las grandes urbes, el ciudadano promedio tiene más acceso a la educación, no solamente en el sentido estricto o moderno de esta palabra, sino que tiene acceso a más herramientas más allá del sistema formal. Sumémosle a eso que comparte su vida con millones de personas y puede experimentar más, observar más, conocer más puntos de vista. Además, *tiene* que confiar en los otros; no se puede vivir en una sociedad sin confiar en que el ingeniero hizo bien los cálculos, que el constructor se preocupó de los circuitos escondidos detrás de las paredes, en el sistema de alcantarillado, en que los bancos invierten bien el dinero, que las empresas que procesan pagos lo hacen al instante, en que el repartidor va a llegar, que las cadenas de logística no fallan, que el semáforo va a funcionar, que los técnicos van a responder cuando los necesitemos, que las luces del parque se van a encender a las 18:30, que el vecino no me quiere robar, que los encargados de limpieza van a llegar, que los operarios del gimnasio no van a fallar, que el agua va a salir caliente, que el barista no intoxicó mi café, que el conductor del uber no está intoxicado, que la clínica no me está cobrando demás. Confiamos en estas cosas tanto como damos por sentado que mañana va a salir el sol. Confiamos incluso en el *dealer*

de drogas, legales e ilegales, y nos tomamos un paracetamol, un migranol, una aspirina, un MDMA, sin miedo, sin preguntar qué lleva dentro. Nos auto-recetamos ibuprofeno o domperidona: cada 8 horas, sagradamente. Nos fumamos un cigarro cada dos horas o un cigarro electrónico hecho en China, cerquita de Wuhan, que sabrá Dios cómo funciona y qué lleva dentro. Y lo hacemos sin miedo, confiamos en que sus creadores no tienen ningún interés en matar a sus clientes. Pero las vacunas contra el coronavirus, no, eso no. Quién sabe qué tienen dentro porque las desarrollaron muy rápido. Eso, en vez de ser un milagro, un logro de la humanidad, es sospechoso. Y es más sospechoso porque hay mucha plata de por medio. Vacunas y revacunas y *boosters* y pánico y miedo y los medios tratando de ganar *viewers* a toda costa y los gobiernos no queriendo soltar sus presupuestos y sus poderes extraordinarios. Y negociados en todos los hemisferios. Billetera mata moral.

Pero, en defensa de los indefendibles, revacunación ha habido desde la primera vacuna, y parece ser la norma con toda inoculación nueva, adaptada masivamente. Si te preguntás, por falta de confianza sincera o por ideología, ¿cuándo se ha visto que las vacunas eliminen una enfermedad? Empecemos con la viruela. ¿Cuándo se ha visto que lo obliguen a uno a vacunarse o que le exijan un pasaporte sanitario? Sin ir muy lejos, hace poquito, con la fiebre amarilla. Y en el siglo 17, en los estados italianos cuando la peste negra hacía una de sus penúltimas rondas por el mundo. ¿Cuándo se ha visto que lo obliguen a uno a hacer cuarentena? Para eso sobran los casos, empezando por el de la Biblia, en el

Levítico, escrito hace más de 2500 años. La palabra viene del veneciano *quarentena*, los cuarenta días de aislamiento en el siglo 14 cuando la muerte negra se llevó a más del 20% de la población de Europa y Asia. ¿Y que lo fueren a uno a usar mascarillas? Buscá fotos de hace un siglo, de la pandemia de influenza del 1918-1919, la famosa gripe española, que mató más de 50 millones de personas, las mismas que la primera guerra mundial del 1914 al 1918. (A todo esto, todas las pandemias parecen durar por lo menos dos años.) Si la obligatoriedad es moral o no, si atenta contra la libertad, primero deberíamos sentarnos a definir qué es ser libre y qué es ético. Y no acabaríamos nunca. Y el debate entre dos bandos, uno que aboga más por el cuidado de todos por todos, y otro por el cuidado de uno por uno, es eterno. Las crónicas nos remontan a antes de la Antigua a Grecia, y se vuelven oficiales con Platón y Aristóteles. Lo irónico es que en el fondo todos parecen querer lo mismo: el bienestar de la sociedad. La forma difiere, y es más irónico que vayamos a más guerras por la forma que por el fondo.

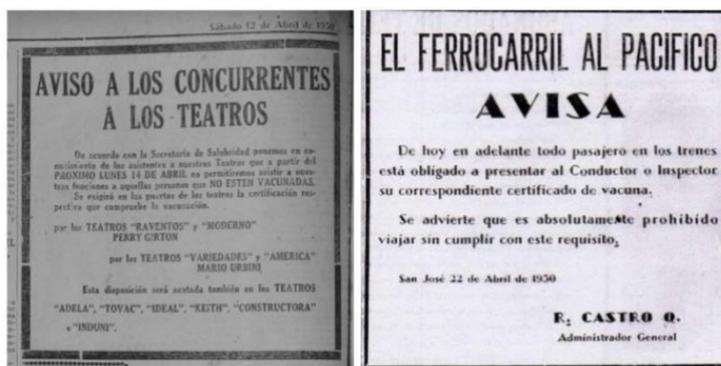
Ahora bien, que ahora podamos discutirnos con cualquiera, de cualquier parte del mundo, por cosas tan mínimas como si el Superbowl es una cosa de *working class* o *upper class*, que podamos debatir sobre la libertad, en libertad, es símbolo de que vamos bien, de que tenemos pocos problemas, mucho tiempo, y mucho confort. Nuestra generación no conoce las crisis de alimentos globales, la hambruna en las grandes urbes, las guerras mundiales, las pandemias que se llevan al 10% de la población; y eso gracias a la integración y la paz que brinda el comercio (necesidad mata ideología),

y al avance de la medicina. Pero hay un punto ciego que no ven los que viven dentro del confort, un riesgo que solo se puede ver mirando el panorama, mirando el presente como observador, comparando este momento con otros momentos de la historia. He aquí lo que simbolizan las discusiones vanas. Si podemos darnos el lujo de destrozar el lenguaje martillando un teclado (algo de lo que renegaba Schopenhauer en una nota a sus *Parerga y Paralipómena*: “*Un miserable género, incapaz de crear obras auténticas por sí mismo, cuyos padres vivieron ya exclusivamente gracias a las vacunas, sin las cuales habrían sido tempranamente arrebatados por las viruelas naturales que pronto eliminaban a todos los débiles y así mantenían fuerte la especie. Ahora vemos ya las consecuencias de aquel acto de gracia, en los hombrecillos de barba larga que pululan cada vez más. Y en su espíritu son iguales que en su cuerpo.*” Hasta el estereotipo de las barbas largas se repite)—que tengamos tiempo para hablar de estas cosas es símbolo de tranquilidad, de problemas poco graves, de un período largo de paz. Desde Platón y Aristóteles hasta Darwin, pasando por Polibio y Maquiavelo, se ha observado que las generaciones que no saben de lucha y saben de lujo, entran pronto en decadencia, en desobediencia, en proceso anárquicos; y lo que sigue después de eso, según el arquetipo histórico, son guerras o revoluciones para restablecer el orden y la fortaleza.

Lo de los débiles que ya no mueren, paradójicamente debilitando a su especie, ya lo vimos con Darwin en esta serie. Y “no tengo pruebas pero tampoco dudas”—la norma de nuestro tiempo—de que sea tan así la cosa. Volvamos al “cualquier forma de gobierno es mejor que ninguna” de Darwin, pero en la parte 2 de esta entrega,

cuando charlemos los signos actuales de autoritarismo y anarquías, el rol del dinero, y cuando critiquemos tanto al libertarismo como al *estado como preceptor inmoral*, título del ensayo de Ouida (Marie Louise Ramé) que leeremos a continuación, que es una posición contraria a la vacunación. Vamos al grano, y que reviente.

*



Avisos de 1930: hace poco más de 100 años, en época de epidemia, cuando tampoco se podía ingresar a ningún lugar sin certificado de vacuna.

Capítulo 8: Ouida y el estado inmoral

Contextorium

Marie Louise Ramé pronunciaba su segundo nombre como “Ouida” cuando era chica, y eligió esa pronunciación como pseudónimo literario. Escribió un montón de novelas, entre ellas 7 adaptadas al cine, un par con varios *remakes*: la última *A Dog of Flanders*, dirigida por Kevin Brodie (1999), y la otra *Under Two Flags* que, como *La Peste* de Camus, está ambientada en Argelia. Escribió relatos, libros para niños y ensayos para muy grandes, entre ellos la crítica feroz del estado publicada en agosto de 1891, a sus 52 años, en el volumen 153 de la *North American Review*, titulada *The State as an Immoral Teacher*. Este artículo de Ouida, si bien es fácil de encontrar en internet, no es tan famoso como pudiera serlo en este tiempo que repite las mismas crisis sociales, y no figura ni en sus páginas de Wikipedia. Hasta ahora no se le podía encontrar una traducción al español; creo que tampoco en otros idiomas.

Sirvo a continuación un par de extractos del mismo (el libro completo lo podés encontrar en Conectorium, dura como 20 minutos). Traigo las partes que refieren a los principios de la teoría microbiana; las vacunas contra la rabia, ántrax y cólera de Pasteur; y el trabajo de Robert Koch que se convirtió en la vacuna contra la tuberculosis, enfermedad que se llevó al traductor de Darwin que leímos recientemente, con tan solo 30 años.

Darwin decía que “cualquier gobierno es mejor que la anarquía”, Ouida opinaba lo mismo; pero más chico y con más fuerza lo suyo no era la ciencia sino lo social. La fuerza de sus reclamos y los reclamos hechos por continuar sobre una narrativa la terminaron emparentando con la narrativa anarquista de su época— a ella y a otros no tan izquierdos. Emma Goldman, la principal escritora y activista del movimiento, la cita en su ensayo más icónico sobre el tema (en el que cita muchos otros grandes)—años después Goldman es deportada a Rusia, y los menos duros mantienen su libertad de expresión. En la misma bolsa anti-autoritarismo cabían: los verdes, los igualitarios, los zurdos hoy de derecha, es decir, los libertarios, que antes eran anarquistas, socialistas y marxistas, también parte del mismo movimiento intelectual y etiqueta.

Quick facts sobre *The North American Review*: fue la primera revista literaria en USA. Fundada en Boston en 1815, sigue viva hasta hoy, pero la guerra interrumpió su trabajo en 1940—hasta 1964. En 1891 llegó a tener un tiraje de 76.000 ejemplares. Cuenta entre sus colaboradores históricos a gente como Walt Whitman, Mark Twain, Kurt Vonnegut, Margaret Atwood, H.G. Wells, Joseph Pulitzer, Andrew Carnegie (dueño de la alguna vez empresa industrial más grande y con más ganancias del mundo), y los presidentes de USA: Harrison, McKinley, Wilson, Roosevelt y Abraham Lincoln. *No biggie.*

Artículo: El estado como preceptor inmoral (1891)

Extracto 1

...Como sea que hayan sido en otros aspectos los males que acompañaron otras épocas además de esta, esas épocas fueron favorables para el desarrollo de la individualidad y, por lo tanto, del genio. La época actual se opone a tal desarrollo; y mientras más el estado manipule al hombre, la destrucción de la individualidad y la originalidad será más completa. El estado necesita una maquinaria militar en la que no haya tropiezo, un fisco en el que nunca haya déficit, y un público monótono, obediente, descolorido, sin espíritu, moviéndose unánime y humildemente como un rebaño de ovejas por un camino recto entre dos muros...

Se ha reprochado a los siglos precedentes a este que en ellos el privilegio ocupase el lugar de la ley; pero, aunque el privilegio era caprichoso, y a menudo injusto, siempre era elástico, a veces benigno: la ley—la ley civil, como la que el estado monta e impone—nunca es elástica y nunca es benigna. Es un motor que rueda sobre sus propias líneas de hierro, y aplasta lo que encuentra opuesto a él, sin tener en cuenta la excelencia de lo que puede destruir. La nación, como el niño, o se embrutece porque la taladran, o queda castrada porque se le prescriben continuamente todas las acciones y opiniones. Es dudoso si alguna precaución o algún sistema puede abarcar lo que el estado, en muchos países, se está esforzando en hacer ahora, por regulación y prohibición, para prevenir la propagación de enfermedades infecciosas. Pero es cierto que los terrores nerviosos inspirados por las leyes y reglamentos del estado engendran una enfermedad de la mente más dañina que los males corporales que tanto absorben al

estado. Ya sea que la inoculación de Pasteur contra la rabia sea una maldición o una bendición para la humanidad, no puede haber duda de que las ideas exageradas que crea, la importancia ficticia que le presta a lo que antes era una enfermedad muy rara, los horrores de pesadilla que invoca, y las mentiras que sus propagandistas se ven obligados a inventar para justificar sus pretensiones, producen una demencia y una histeria en la mente pública que es una enfermedad mucho más extendida y peligrosa de lo que se podría haber convertido la mera rabia (sin la ayuda de la ciencia y el gobierno).

La diseminación de la cobardía es un mal mayor que lo que sería el aumento de cualquier mal físico. Dirigir las mentes de los hombres en terror nervioso hacia sus propios cuerpos es convertirlos en un grupo tembloroso y estremecido de idiotas postrados. El microbio puede o no existir; pero los terrores nerviosos generados en nombre del microbio son males peores que cualquier bacilo. Es oficio del fisiólogo incrementar estos terrores; vive por ellos, y solo por ellos existe; pero cuando el estado toma sus extravagancias y charlatanerías en serio y las obliga sobre el público como ley, el efecto es física y mentalmente desastroso. El cólera es lo suficientemente malo como enfermedad; pero es mucho peor el egoísmo brutal, el terror que paraliza, las agonías convulsivas con las que se enfrenta y que el estado hace tanto por aumentar en todos los países. Solo el miedo mata a las cinco décimas partes de sus víctimas, y durante su última visita a las calles de Nápoles, la gente saltaba de sus asientos, gritaba que tenía cólera y caía muerta en convulsiones causadas por

puro pánico, mientras que en muchos lugares del campo los aldeanos disparaban contra los trenes que imaginaban que podrían llevar la enfermedad temida entre ellos. Este tipo de pánico no puede ser completamente controlado por ningún estado, pero puede ser mitigado por una moderación juiciosa, en vez de ser, como ahora, intensificado y perseguido por la prensa, los fisiólogos y los gobiernos de todo el mundo conocido...

Extracto 2

El estado reclama inmunidad por robo en aras de la conveniencia: entonces, también puede hacerlo el individuo. Si la ley civil está en conflicto y contradicción con la ley religiosa, como se ha demostrado en otra parte[1], no deja de estar en perpetua oposición a la ley moral y a todos los instintos más finos y generosos del alma humana. Predica el egoísmo como el primer deber del hombre, e inculca cuidadosamente la cobardía como la mayor sabiduría. En su intensa labor de curar los males físicos, no atiende las infamias que pueda sembrar en los campos espirituales de la mente y el corazón. Trata el altruismo como criminal cuando el altruismo significa indiferencia al contagio de cualquier enfermedad infecciosa. Las precauciones impuestas en tal enfermedad, despojadas de sus pretensiones, significan realmente el desnudo egoísmo del *sauve qui peut* [sálvese quién pueda]. El hacha usada sobre el rebaño que ha estado en contacto con otro rebaño infectado por pleuroneumonía o ántrax se usaría sobre el rebaño humano que sufre de tifoidea, o viruela, o fiebre amarilla, o difteria, si el estado tuviera el coraje de

seguir sus propias enseñanzas hasta sus conclusiones lógicas. ¿Quién puede decir que no se usará así algún día en el futuro, cuando el aumento de la población haya alcanzado números insignificantes, y los terrores excitados por los fisiólogos una fuerza ingobernable? Hemos ganado poco con la emancipación de la sociedad humana de la tiranía de las iglesias si en su lugar la sustituimos por la tiranía del estado. Bien puede ser uno quemado en la hoguera como obligado a someterse a la profilaxis de Pasteur o a la linfa de Koch. Una vez que admitimos que la ley debe obligar a la vacunación contra la viruela, no hay razón lógica para negarse a admitir que la ley podrá imponer cualquier infusión o inoculación que sus asesores químicos y médicos puedan sugerirle. El primero de mayo de 1890, un cirujano francés, M. Lannelongue, tuvo en su hospital a un niño imbécil; se le ocurrió que le gustaría intentar trepanar al niño como cura para la imbecilidad. En palabras del informe:

“Cortó la sutura sagital y paralela a ella una incisión craneal larga y angosta desde la sutura frontal hasta la sutura occipital; esto resultó en una pérdida de sustancia de la parte ósea de 9 centímetros de largo y 6 milímetros de ancho, y un verdadero desbridamiento para el cerebro”.

Si este niño vive, y deja de ser imbécil, los padres de todos los idiotas, presumiblemente, se verán obligados por ley a someter a sus hijos a esta operación de trepanación y escisión. Tal ley sería el único problema lógico de las leyes higiénicas existentes. En el campo de batalla, el estado exige de sus hijos la más inquebrantable fortaleza; pero en la vida civil les

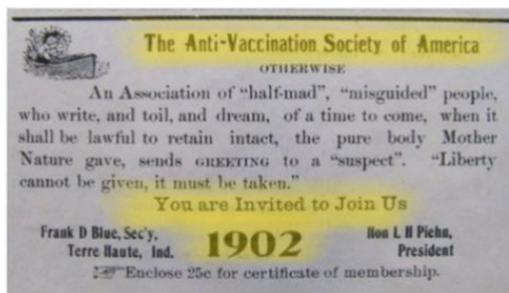
permite, incluso les ordena, ser estúpidos desvergonzados. Un oficial enviado este año por la Oficina de Guerra Inglesa a ocupar un puesto distinguido en Hong Kong, recibió la orden de ser vacunado antes de ir allí; y la vacunación se convirtió en una condición del nombramiento. En este caso, se consideró a un hombre de treinta años como digno de confianza y empleo por parte del estado, pero tan tonto o un bebé en sus propios asuntos que no se podía confiar en que cuidara de su propia salud. No se puede convertir un carácter humano en uno temeroso y nervioso, y luego llamarlo para que tenga las más altas cualidades de determinación, capacidad y coraje. No se puede coaccionar y atormentar a un hombre, y luego esperar de él intrepidez, presencia de mente, y pronta inventiva en momentos peligrosos.

Hace unos años nadie pensaba que la mordedura de un perro sano tuviera la más mínima consecuencia: como bien ha dicho un veterinario, un rasguño de un clavo oxidado o de la lata dentada de una caja de sardinas es mucho más peligrosa que un diente de perro. Sin embargo, en los últimos cinco años, los fisiólogos y el estado, que los protege en todos los países, han logrado inocular la mente pública con terrores sin sentido, tanto que incluso el toque accidental de los labios de un cachorrito o la amable lamida de su lengua arrojan a miles de personas en una locura de miedo. El Dr. Bell ha dicho bien: “Pasteur no cura la rabia: la crea”. De la misma manera, el estado no cura ni la locura ni el miedo: crea ambos.

El estado es enemigo de toda volición en el individuo: por lo tanto, es enemigo de toda hombría, de toda fuerza, de toda independencia y de toda originalidad. Las exigencias del estado, desde sus monstruosos impuestos hasta sus irritantes regulaciones, están en continuo antagonismo con todos aquellos que tienen un carácter imperturbable y una visión clara...

Entre muchas, frase destacada:

¿Por qué debería un hombre llenar una encuesta del censo, declarar sus ingresos a un recaudador de impuestos, ponerle bozal a su perro, enviar a sus hijos a escuelas que desaprueba, pedir permiso al estado para casarse o hacer perpetuamente lo que le disgusta o condena, porque el estado quiere que haga estas cosas? Cuando un hombre es un criminal, el estado tiene derecho a ponerle las manos encima; pero mientras sea inocente de todo delito, sus opiniones y objeciones deben ser respetadas.



Capítulo 9: Epidemias y política, parte 2

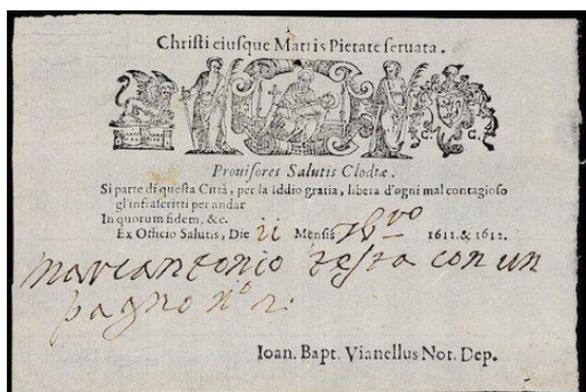
Conectorium

Año 1902, y la *Sociedad Anti-Vacunación* de los Estados Unidos invita, a través de panfletos, boca a boca, y anuncios en el periódico—equivalentes a las redes sociales de hoy en día—a unirse a sus filas. Lo hacen con humor, redoblando los adjetivos que usan para describirlos los de “otro equipo”: “medio locos”, “mal aconsejados”. Escriben: “La libertad no puede ser concedida, tiene que ser conquistada”—frase que por entonces tenía 50 años, de Max Stirner, hegeliano símbolo del anarquismo, amigo marxista, nacido en la Confederación del Rin y muerto en la Confederación Alemana. La *Sociedad* lleva décadas peleando contra el sistema y tienen palestra, como vimos con un ejemplo en el capítulo anterior, en los mejores medios de comunicación. Exactamente igual que hoy en día. Un siglo después, ninguno de sus activistas está vivo, pero el lema sigue siendo el mismo, y el espíritu del movimiento renace, como siempre lo ha hecho, intacto.

El espíritu del debate también. Y los cuentos contados por los medio locos, “con grandes aspavientos y gesticulaciones”, que gritan a los cuatro vientos que hay una persecución y censura en su contra, no son más que una falacia. Sirvan de ejemplo las varias publicaciones en Substack y las millones de interacciones en Twitter, plataformas abiertas y casas del debate norteamericano, y el sonado caso reciente del podcast de Joe Rogan en Spotify, a quien le cayeron ofertas de otros medios en caso de que se sienta amordazado, por los mismos cien millones de dólares. La censura, la de verdad, solo existe en los estados donde la pena es la cárcel o la muerte. En los demás, los intentos de censura no conducen sino a lo contrario de lo que se buscaba, y a migraciones de plataforma. Eso sí, se sufre de reducción de audiencia. Quien controla los medios con gran audiencia, ¿controla la narrativa?

Volvamos a la vacunación, que a la pelea contra el estado volvemos después. Hay mucho y más que suficiente tráfico en internet sobre la historia de la inoculación; no es necesario añadir más texto al asunto. Me interesa más añadir leña o aplacar el fuego, hablar de la pelea de los equipos anti y pro vacunación, que lleva poco más de 4 siglos. Larguemos en 1611, hace 411 años, cuando los pases sanitarios empezaron a ponerse de moda porque sin ellos no se podía visitar otras ciudades. Para variar, las epidemias hacían estragos en lo que ahora es Italia. Empecemos en Venecia y un certificado como prueba de que un tal Marcantonio Zezza no portaba la peste negra:

“Parte de esta ciudad, gracias a Dios libre de todo mal contagioso, el abajo firmante. Damos fe, la Oficina de Salud...”



Otro certificado, de poco más de un siglo después, de Montecchio en 1722, va por la misma línea de agradecimiento y demuestra que siempre se han falsificado documentos. Al no haber fotografías ni huellas ni reconocimiento facial ni carnet para probar la identidad del portador, se le añadió la edad, la estatura— “baja”, todavía no usaban el sistema métrico decimal—, y el color del pelo. Estos pases servían además para dos personas. Veamos otro del año siguiente, ahora familiar y remarcando que es gratis, lo que quiere decir que también en ese entonces había debate sobre lo económico del asunto y las arcas del estado. En 1723, la república veneciana parece haber estado haciendo todos sus esfuerzos para controlar la plaga, porque en ese entonces acababan de devolver el Peloponeso y Creta al imperio Otomano, Génova y Livorno les habían comido territorios ayudados por la corona española, y la ciudad de Trieste se había escapado a Austria. Venecia

era una sombra de lo que alguna vez fue, y tanta plata ya no llovía; *gratis* me habla, me dice esas cosas, y que la historia cuenta los mismos cuentos. Saltemos un siglo más, a 1828, a lo que es ya un certificado de vacunación—un paso más que los anteriores. Emitido en Kiel, hoy Alemania, que en ese momento pasaba de ser parte de Dinamarca a la recientemente creada Confederación Germánica, que presidida por la casa de Austria llegaba hasta partes de Croacia e Italia, y que reemplazó la Confederación del Rin creada por Napoleón, que a su vez reemplazó al Sacro Imperio Romano Germánico. Esto, años antes de que Prusia le declare la guerra a Austria y divida esta unión; aunque menos de un siglo después ya estaban de amigos en la Primera Guerra Mundial, que se juntó con la peste española y sus respectivas peleas por la vacunación mandatoria y el uso obligatorio de mascarillas. Todo está conectado.



Ahora bien, varios de estos certificados, cuyos ejemplos no son pocos, fueron impuestos a la población de forma obligatoria. Esto generaba, por supuesto, discusiones en la calle y en los medios, en pro y en contra de las medidas y de la inoculación. Tiro algunos ejemplos de lo segundo.

El doctor y poeta Richard Blackmore escribió en 1723 un *Tratado sobre la Viruela* donde se muestra escéptico con el proceso. En 1757, Angelo Gatti publicaba sus *Reflexiones* y hacía historia en la Toscana introduciendo la inoculación. John Morgan, jefe médico del ejército estadounidense, publicó el año de la independencia de este país *Una Recomendación*—un año después, en 1777, George Washington mandó que todas las tropas fueran inoculadas. En 1804 el poeta venezolano Andrés Bello publicaba una *Oda a la Vacuna*, alabando el monumental trabajo, literalmente de libros y de película, que trajo la vacuna a América: la Real Expedición Filantrópica de la Vacuna, liderada por Francisco Javier Balmis y José Salvany, quienes se dividieron el continente luego de traer el proceso por barco, de niño en niño, *in extremis*. Salvany dio el resto su vida al asunto: la dejó en Cochabamba en 1810, justo cuando comenzaban las revueltas anti-españolas. En 1880 Pasteur hacía historia y publicaba en la *Popular Science Monthly*. Y en la *Popular Science Monthly*, al mismo tiempo que Ouida, Harriette Merrick Plunkett escribía que *Nuestros abuelos murieron muy jóvenes* por falta de celeridad, y el ex-presidente de Cornell, Andrew Dickson, hablaba de los *Milagros y la medicina* cargando contra la *Anti-Vaccination Society...* de 1798; lo hacía tirando estadísticas. Pero volvamos a la *Sociedad Anti-Vacunación* de la transición entre el siglo 19 y el siglo 20. Empieza Ouida su carga contra *El Estado como Preceptor Inmoral* diciendo:

“La tendencia de los últimos años del siglo 19 es hacia el aumento de los poderes del estado y la disminución de los poderes del ciudadano individual. Ya sea que el gobierno de un país sea en este momento libre

nominalmente, o declaradamente despótico; ya sea un imperio, una república, una monarquía constitucional, o un principado autónomo y neutro; el gobierno real es una maquinaria estatal que sustituye la elección y la libertad individual. En Serbia, en Bulgaria, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en América, en Australia; donde quiera que sea, las formas externas de gobierno difieren ampliamente, pero debajo de todo está la misma interferencia del estado con la voluntad personal, la misma obligación del individuo a aceptar lo que dicta el estado en reemplazo de su propio juicio.”

Critica los abusos del estado que llegan, como cuenta, a cobrarle una multa altísima a una señora pobre por haber adoptado un perrito y no haber pagado los impuestos correspondientes; a cortar un bello árbol de acacia en la entrada a la Academia de Artes de Venecia, por orden de la municipalidad, “para limpiar el lugar”. Suena al 2022. Escribe:

“Cuando el hombre se ha convertido en una criatura pasiva, sin voluntad propia, tomando el yugo militar sin cuestionamientos, asignando sus bienes, educando a su familia, manteniendo sus tenencias, ordenando su vida diaria en estricto acuerdo con las normas del estado, entonces tendrá aniquilados su espíritu y su individualidad y, en compensación consigo mismo, será brutal con todos aquellos sobre los que tiene poder.”

La única salida que ve, la describe:

“En todos los esquemas políticos que existen ahora, no hay verdadera liberalidad; sólo hay una elección entre el

despotismo y la anarquía. En las instituciones religiosas es lo mismo: son todos egoísmos disfrazados. El socialismo quiere lo que llama igualdad; pero su idea de igualdad es talar todos los árboles altos para que los matorrales no se sientan sobrepasados. La plutocracia, como su casi extinta predecesora, la aristocracia, desea, por otra parte, mantener toda la maleza baja para que pueda crecer por encima de ella a su propio ritmo y gusto. ¿Cuál es mejor de los dos?"

Es este sentimiento de desesperación en contra de los abusos y el autoritarismo el que ha inspirado siempre la rebelión, la desobediencia civil, la anarquía. Este sentimiento es agravado con lo que en 1910 George Bernard Shaw escribía en *The Doctor's Dilemma* (donde además critica la vacunación y la fe en la “matanza de microbios”): “*El hombre pagado por su trabajo pierde dinero al no imponer su trabajo al público con la mayor frecuencia posible*”. Los médicos no pueden recetar lo que los enfermos de verdad necesitan, dice, y eso “no es medicina, sino dinero”. Introduce aquí la cuestión económica, mezclada con la moral, de la práctica medicinal intervencionista, la búsqueda del negocio por encima de la salud. Hasta hoy, no se puede negar esta realidad: los médicos reciben visitantes entre consulta y consulta. Y, además, una pregunta: ¿le conviene o no le conviene a las *Big Pharma* producir y vender vacunas? En un estado democrático, donde el dinero ya no le pertenece al rey o a la aristocracia de turno, ¿les conviene crear acuerdos y comprar cosas de las cuales sacar tajada? Les conviene. Sucede en todos los países del mundo—el ser humano no puede no ser humano. Pero, ¿eso quiere decir que lo están inventando todo?

¿que todos los líderes del mundo pudieron lograr por primera vez en la historia ponerse de acuerdo? ¿una conspiración *global*? Hay un componente económico innegable, pero es de forma, no de fondo: es el componente de turno, la excusa del momento para salirse con la suya. El problema real está donde todos vemos que está, en la forma y el poder que tienen el gobierno y algunos grupos, poder que ahora la sociedad que se siente oprimida les intenta arrebatarse devolviéndoles el juego en la bolsa de valores, o creando monedas virtuales, transparentes, *trackeables*, sin necesidad de pedir permisos (excepto al 51% de los usuarios), sin ente centralizador; pero, dada nuestra naturaleza, igualmente manipulables. O peor, porque no hay ley. O mejor, porque se está formando de cero. Y porque la ley se está metiendo: sirva de ejemplo la recuperación de lo que hace 6 años eran 50 millones de dólares en Bitcoin, y hoy son casi 5 mil millones de dólares americanos (por lo que los ladrones ya no pueden ni tocar su botín, cada día más observado y valioso). Hoy las instituciones comienzan a comprar y validar el experimento e, irónicamente, es gracias a esas instituciones a las que se buscaba quebrar que el mundo cripto y el mundo virtual se han convertido en inevitables, y los que alguna vez fueron los enemigos del 1% ahora terminan aceptando su amistad. Hasta los anarquistas disfrutaban de las ventajas de algún gobierno, y se convierten en libertarios, y ponen de su bolsillo para financiar sus revoluciones (“te invitamos a entrar a la sociedad, pero hay que poner plata” reza el anuncio— nada es gratis: alguien lo sostiene), y buscan cuidar sus inversiones. Podrán escribirse millones de debates, de tuits, de artículos, de intentos de ventas, de *pump-and-*

dumps; se podrá despotricar por despotricar, criticar sin razonar, gritar, ilusionar, engañar, y jugar todo lo que se quiera; habrán lobos disfrazados de ovejas y ovejas que disfruten luego de ser lobos, pero las narrativas llegan hasta donde lo permite la realidad: a la gente le gusta la seguridad y que no le toquen el bolsillo. Y a la vida y a la historia les gusta pasear por los mismos sitios.

Recorriendo el mismo camino, es este sentimiento de impotencia el que ha dado pie a la actual revolución medio anarquista, medio liberal; a la actual oportunidad. Una revolución donde muchos se sienten en casa, donde se satisface la necesidad de tribu y de pelear contra lo inmoral, contra aquello que Ouida decía que no tiene sentido, esas leyes humanas que se quieren comparar e igualar con las morales, con las naturales. Si esta es tu tribu y adopta criptomonedas, vos también; si vende arte como NFT, vos también; si es ilusa o conspiracionista, vos también vas a ser parte, por mucho que usen un lenguaje que parezca el de Hegel, por muy complicado que sea entender y meterse en su tecnología. Y si a la tribu de los que no les gusta que le digan qué hacer tampoco le gustan las vacunas, por sentimiento de pertenencia, por el poder del *network effect*, lo más probable es que a vos tampoco. Y estar en contra de tus amigos, o cambiar de opinión, es considerado pecado. Por muchas contradicciones que tenga el movimiento, que las tenemos todos. Aceptar que si *“me contradigo, pues muy bien, me contradigo”*, depende del contexto. Aceptar el cambio depende si es el cambio que ellos quieren, como en todas partes. Pero el cambio es la mayor constante del Universo. Y el anarquismo madura y se va volviendo libertarismo; sirva de ejemplo

Robert Anton Wilson, ocultista y gran novelista de las teorías de conspiración de la segunda mitad del siglo 20, referente de la sátira y el anarquismo:

“Mis primeros trabajos son ficción políticamente anarquista, en el sentido de que fui anarquista durante un largo período de tiempo. Ya no soy anarquista, porque he llegado a la conclusión de que el anarquismo es un ideal impracticable. Hoy en día, me considero un libertario. Supongo que un anarquista diría, parafraseando lo que dijo Marx acerca de que los agnósticos son “ateos asustados”, que los libertarios son simplemente anarquistas asustados. Habiendo expuesto el caso de la oposición, seguiré la corriente y estaré de acuerdo con ellos: sí, tengo miedo. Soy libertario porque no confío tanto en la gente como los anarquistas. Quiero ver al gobierno limitado tanto como sea posible; me gustaría verlo reducido a donde estaba en la época de Jefferson, o incluso más pequeño. Pero no me gustaría verlo abolido. Creo que el estadounidense promedio, si se le dejara totalmente libre, actuaría exactamente como Idi Amin [dictador, “el carnicero de Uganda”]. No confío en la gente más de lo que confío en el gobierno.”
(*Literary Voices* #1, Jeffrey Elliot, 1980)

Same bruh, same. Y también estoy un poco asustado. Los grandes ganadores de la pandemia del covid19 no son los *Big Pharma*, el autoritarismo y la tiranía: son lo digital, la realidad de lo virtual y la tendencia hacia la anarquía, a la que le sigue, siempre, gente que quiere restaurar el orden con mano dura y guerras civiles. Si le sumamos que a las épocas de confort y conformismo les siguen shocks para sacudirnos el debilitamiento, y que luego de

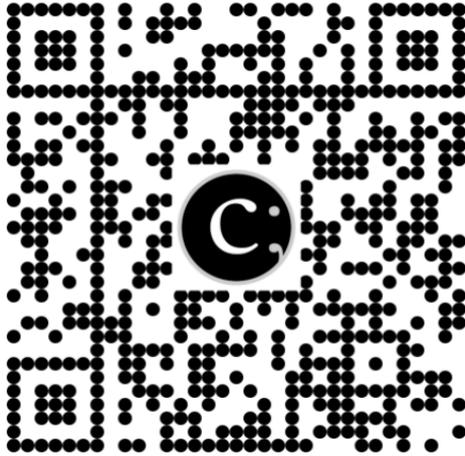
las pandemias por lo general siguen guerras grandes entre varios países, y que a la realidad virtual le toca un *reality-check*... Si la anarquía madura y se vuelve libertarismo y liberalismo, y si estos pierden la ingenuidad y tiran hacia el localismo; si aprovechamos la oportunidad para generar más comercio—la mejor arma que tenemos para mantener la paz—, si aprovechamos esta expansión de la creatividad y este renacimiento para reparar lo dañado, quizá podremos evitarlas. Pero a los momentos de motivación y creatividad expansiva siempre les sigue la edición. Y hay historias, coyunturas y geografías que sacan lo más profundo de nuestra naturaleza.

Así como hicimos en Afganistán, la próxima serie nos vamos a Ucrania.

*.

Otras series:

De Afganistán a Alejandro



¿Qué pasa en Ucrania?

